

No sólo dedicaba sus desvelos el profesor, a Platón, Aristóteles, Descartes, Spinoza, Comte, Kant y Hegel, comentaba a *Stendhal*, *Honorato Balzac*, *Marcel Proust* y *Paul Valery* a quienes dedicó amplias exégesis. Sin duda el filósofo era también poeta, un verdadero artista, como lo prueba su libro «Sistema sobre las bellas artes». Aseguraba que las obras literarias eran motivo de filosofar. En este solo aspecto pudiéramos compararlo con Ortega y Gasset; ambos tienen un no se qué de seducción. Se les llenaban las aulas de alumnos y de mujeres y sus enseñanzas han ejercido influencia en la juventud. Sin duda *Alain* como Sócrates, emanaba algún efluvio espiritual, una especie de mágica irradiación seductora que hacía presa en el auditorio.

Algunas enfermedades y achaques de la edad, detuvieron su carrera de orador. Se contentó, sin embargo, con escribir y se encontraba bien.

Dice *Maurois* que el filósofo de profesión, era un sabio que triunfó siempre en cuanto enseñaba. De aquí su prestigio a los ojos de los discípulos que jamás engañó ni decepcionó. No es que en su vida no tuviera reveses. Debíó oponerse, más de una vez, a Leviathan y este gran animal sin cabeza le hizo sentir su cólera.

Sufriendo en la vejez, alifafes adquiridos en la guerra, soportaba con su constante buen humor una vida de recluso y de tullido. Sentado en su mesa, en una casita del arrabal de París, releía los maestros que admiraba y le placían todavía sus bellezas. Aceptaba alegremente una vejez difícil: mejor aún, la amaba; y los jóvenes venían a su lado en busca de lecciones de felicidad. «De esta felicidad es preciso pedirle el secreto».

El secreto no es otro que la voluntad de ser feliz. *Alain* es ante todo una voluntad. Con Descartes, participaba este animoso caballero en cortar con el juicio los nudos de las pasiones. *Alain* decidió ser feliz. Es verdad: *Alain* quiso ser optimista, porque la condición humana es (de no darse a sí mismo como norma general un optimismo invencible) la de sentir el más negro pesimismo que estará justificado. «Quien sabe a la vez dudar y creer, dudar y obrar, dudar y querer está salvado». «Sócrates no ha muerto, está sentado en su mesita del arrabal; radical hasta los cabellos blancos; fiero de ser».

Maurois siente veneración por su profesor de Instituto. Confiesa al escribir sobre él, que estaría bien pagado de sus trabajos si pudiera inspirar al lector el deseo de visitar los ricos vergeles de donde cogió esta cesta florida y de estudiar él mismo una gran obra que antes de cien años, lo asegura, figurará en la historia literaria de nuestro tiempo lo mismo que *Montaigne* está en el suyo, ¿De los escritores de este siglo, quién durará? Se pregunta. «De la mayor parte no osaría responder». «Pero yo estoy seguro y no pido para mí otra gloria, entre nuestros descendientes, que haber anunciado la suya».

La ví sobre el río

La ví sobre el río lavando la noche
contornos de noche durmiente en las algas,
tenía la angustia latiendo en su seno
el fondo profundo de la madrugada.

La ví sobre el río lavando la niebla,
la niebla que vive de su misma baba
como una promesa de carne en las manos
por sombras de gentes, recuerdos de lágrimas.

La ví sobre el río lavando la estrella
que ausente de todo nadaba en el agua
perdida entre un bosque de peces que tiemblan,
hondo desvelado de intranquila lámpara.

La ví sobre el río lavando al otoño
y el gris del otoño le daba en la cara,
desnuda y silvestre, ceñida a memoria,
confundidamente dormida y lejana.

La ví sobre el río lavando la ropa
después sobre yerbas acostar el alba;
esperaba eterno tendido silencio
hecho mano sola que descansa lánguida.

Después fué tendiendo sobre yerba tierna
la ropa de nieve, clarísima y casta,
sudario del día, sandalias de luna
con el paso leve de las luces pálidas.

Yo también hoy pongo—que lave con llanto—
a secar las penas y a tender el alma,
como lavandera que al sol va dejando,
abierta a los vientos, su ropita blanca.